día que todo lo que eleva al hombre, le aproxima á Dios, demasiado discreta para poner en manos de su hijo los libros santos, de que su corazón viciado no habría sacado provecho alguno, ó los apologistas cristianos, que su débil fe no comprendería; le impulsaba hacia las extensas playas de la Filosofía antigua, y, bajo pretexto del estilo, le instigaba sin cesar al cultivo de su espíritu (1).

Las excitaciones de Mónica, su imaginación que empezaba á tomar vuelo y el curso natural de los estudios, que le llevaba á las imperecederas obras de los sabios antiguos, hicieron que por el año 373 cayera en manos de Agustín el *Hortensio* de Cicerón. Era éste un libro en que el eminente orador exponía y discutía todos los sistemas filosóficos, ilustrándolos con su clara inteligencia. Descartaba, ó mejor dicho, despreciaba á los miserables sofistas, que á fuerza de sutilezas habían obscurecido la verdadera Filosofía, ó que haciéndola objeto de especulación, la habían deshonrado; y se volvía á Platón y á Sócrates, para ensalzar esa Filosofía bella y noble que eleva el alma á Dios, alejándola de la

ter) usitata illa studia doctrinæ.» (*Confes.*, lib. III, cap. III.)

(1) *Confes.*, lib. II, cap. IV.

tierra, y de la que Sócrates ha dicho muy bien, que «filosofar es aprender á morir»: al hacerlo brotaban de sus labios torrentes de elocuencia, de luz y de harmonía. Cicerón es efectivamente uno de los hombres que mejor han hablado, es decir, que han sabido dar más energía y vida á sus escritos; porque la elocuencia no es otra cosa, que un lenguaje que arrebata el alma y la enajena, olvidándose de sí á vista del bien y de la belleza. Verdad es que en Cicerón ese lenguaje es tan amplio y anda revestido de formas tan espléndidas, que el común de los hombres se detiene admirado; pero el alma que late bajo tan elegante vestidura, es todavía más grande, más profunda, más harmoniosa y más espléndida (1).

San Agustín quedó encantado leyendo el *Hortensio*, sus ideas rastreras y bajas se elevaron repentinamente, tomaron nueva fuerza, y él, despreciando mundo, fortuna, ambición, triunfos y hasta la gloria, empezó á pensar en Dios de todas veras energía. «Este libro, dice, renovó mi »alma: mis deseos, mis votos, y mis aspiraciones, »aun las más profundas, tomaron otra dirección; »el mundo me pareció vil y despreciable, consu»míame en un amor ardiente por esta sabiduría

(1) «Ciceronis cujus linguam fere omnes mirantur, pectus non ita.» (*Confes.*, lib. III, cap. IV.)

»inmortal, y empecé á levantarme, oh Dios mío, »para volver á Vos (1).»

Si esta variación se hubiese verificado un año antes ¿quién es capaz de juzgar lo que habría hecho Agustín? Posible es que, sacudiendo sus alas hasta entonces sólo entorpecidas, hubiera volado por el camino de la luz y de la verdad; pero en 373, después de la caída que hemos referido, su alma estaba aprisionada y había perdido toda su fuerza. Esto era natural, pues no sólo el Evangelio, sino también Platón, á quien explana Marco Tulio, enseña que el *bien* es padre de la *luz;* que el movimiento del espíritu, cuando sube á Dios, debe apoyarse en las fuerzas del amor; que este proceder llamado por él con gran propiedad, *movimiento de las alas del alma*, implica una condición moral, la de purificar el corazón; y que el alma, en fin, no desarrolla sus alas sino por la virtud (2).

Aunque Agustín no tuviese el valor de re-

(1) «Ille liber mutavit affectum meum... Vota ac desideria mea fecit aliter.—Viluit mihi repentè omnis vana spes, et immortalitatem sapientiæ concupiscebam æstu cordis incredibili, et surgere cæperam ut ad te redirem.» (*Confes.*, lib. III, cap. IV.)

(2) Gratry, *Del conocimiento de Dios*, tomo I, cap. II; *Teodicea de Platón*, pág. 51.—Se hallan en ésta los textos mismos del filósofo.

mover todos estos obstáculos, y careciera por tanto de verdadera resolución, ¡con qué ardor se lanzó en busca de la sabiduría! «¡Oh! exclama, »¡cuán vehemente era en mí, oh Dios mío, el »deseo de olvidar las cosas de la tierra, para »emprender el vuelo hacia Vos! Sentíame excita»do vivamente á amar, á buscar, á tocar, á abra»zar la sabiduría, fuera lo que fuese. Extasiába»me el que el *Hortensio* no propusiese la elección »de tal ó cual secta, sino la sabiduría misma, y el »que no ofreciese á mi amor, á mis deseos y solici»tud más que su casta posesión; así que me halla»ba enardecido y rebosando entusiasmo (1).» Por espacio de muchos años fué esto en Agustín una especie de delirio, constituyendo la primera de las grandes crisis, porque debía atravesar en averiguación de la verdad.

No obstante lo dicho, existían dos causas que, poco á poco, mitigaron su ardor en el estudio de la sabiduría antigua. Leyó con avidez, y en breve espacio, cuanto la filosofía ha concebido sobre Dios, sobre el alma y sobre el mundo; pero la incertidumbre, que bien pronto echó de

(1) «Quomodo ardebam, Deus meus, quomodo ardebam revolare á terrenis ad te!.... Sapientiam ut diligerem, et quærerem, et assequerer, et tenerem, atque amplexarer fortiter, excitabar sermone isto, et accendebar, et ardebam.» (*Confes.*, lib. III, cap. IV.)

ver en los diversos sistemas, le desanimó por completo. Agustín buscaba la luz, y la deseaba, como todos, abundante, positiva é inmutable; pero no encontraba sino chispas, vislumbres y pequeños rayos de esa misma luz que tanto apetecía; no consiguiendo, por fin, cosa precisa, completa ni segura. Todo pendía de un hombre, ó más bien de él; pues él mismo, ante aquel caos filosófico, se veía obligado á investigar lo que cada uno había dicho; á coger de todos y formar después un cuerpo con aquellas partes que creía más en harmonía; viniendo de este modo á ser él mismo su maestro y su juez. Así lo practicó en efecto; pero lo que hoy juzgaba verdad inconcusa, era mañana verdad pálida, y al día siguiente había perdido toda su fuerza. Cada día de estudio le ofrecía una nueva luz, y frecuentemente una nueva duda: pensaba siempre que iba á asir, estrechar y poseer la verdad; pero al apercibirse luego de que no era sino sombra y fantasma lo que había creído realidad, cual se cree burlado el sediento á quien sólo se le ofrece una gota de agua, empezó á persuadirse de que la verdad no estaba donde había pensado, al menos tan segura y positiva cual él la buscaba.

Pero aún existía otra segunda causa y motivo de que Agustín empezara á alejarse de este estudio. Encontraba en él admirable luz sobre Dios, el alma, lo infinito, el bien, la perfección,

la verdad y el orden, pero, ¿por qué no decirlo? no encontraba allí á Jesucristo. «El nombre de »Jesucristo, dice San Agustín, le había yo »mamado amorosamente con la leche de mi »madre y se conservaba en el fondo de mi co»razón. Sin este nombre, no había libro alguno, »por lleno que estuviese de doctrina, elocuencia »y verdad, capaz de entusiasmarme, quedando »aún en lo más íntimo de mi ser bastantes fibras »sin conmoverse (1).» ¿Y qué fibras eran éstas, tan dichosamente rebeldes? Se comprende fácilmente: eran las que Mónica había excitado en su niñez y que, consagradas por tan cristiana excitación, no había cosa capaz de impresionarlas, fuera del nombre de Jesucristo.

Dominado por esta viva impresión, deseoso de arribar á la verdadera sabiduría, y persuadido de no hallarla fuera de Jesucristo, abrió Agustín las Santas Escrituras. Pero ¡ah! si no estaba en disposición de volver á Dios por medio de Platón, mucho menos podía por la vía de Jesucristo.

(1) «Hoc solum me in tanta flagrantia refrangebat, quod nomen Christi non erat ibi, quoniam hoc nomen secundum misericordiam tuam, Domine, hoc nomen Salvatoris mei, Filii tui, in ipso adhuc lacte matris tenerum cor præbiberat et alte retinebat; et quidquid sine hoc nomine fuisset, quamvis litteratum, et expolitum, et veridicum, non me totum rapiebat.» (*Confes.*, lib. III, cap. IV.)

Para saborear el Evangelio, se necesita un espíritu humilde y un corazón puro y tranquilo; los espíritus orgullosos no son dignos de comprender tales misterios, y los corazones agitados no son capaces de llegar á percibirlos; así es que, apenas había empezado su lectura, cuando ya la abandonó. «Abrí la Santa Escritura, dice él mismo, »y he aquí lo que vi en ella: un edificio donde no »penetrarán los soberbios, con entrada baja, bó»vedas inmensas y profundidades misteriosas; »pero entonces no era yo tal que pudiese entrar »en tan majestuoso templo, bajando mi cerviz y »acomodándome á su narración y estilo. Habi»tuado á la palabra sonora de Cicerón, despre»ciaba el lenguaje sencillo de las Santas Escri»turas, y mi orgullosa mirada no era capaz de »penetrar sus profundidades. Después he cono»cido, que esta doctrina se muestra sublime y »elevada á los que son humildes y pequeños; »mas yo me desdeñaba de ser pequeño, y en mi »orgullo me figuraba muy grande (1).» Pero aún dice más en otra parte, con no menor hu-

(1) «Et non eram ego talis ut intrare in eam possem, aut inclinare cervicem ad ejus gressus... Visa est mihi indigna quam Tulianæ dignitati compararem... Verum illa erat, quæ cresceret cum parvulis, sed ego declinabar esse parvulus, et turgidus fastu, mihi grandis videbar.» (*Confes.*, lib. III, cap. V.)

mildad: «Creed á mi experiencia: yo en la ju»ventud intenté leer las Santas Escrituras, pe»ro la vida culpable me impedía su inteligencia; »y como tenía el corazón manchado, no pude »jamás penetrar en ellas (1).»

¡Cosa admirable, en efecto, y bastante á probar la divinidad de los libros santos! ni el talento, ni la ciencia, ni el ingenio, ni la pasión estudiosa han llegado jamás á penetrar los conmovedores, y profundos misterios del cristianismo; se ha necesitado unir á estas cualidades la humildad, la pureza de corazón, el amor, sobre todo, y esto por una razón muy sencilla; porque son misterios de amor, y en consecuencia, de humildad, de pureza y sacrificio. Esperemos, pues, á que un rayo de estas preciosas virtudes penetre en el corazón de Agustín, y ese libro que hoy cierra sin comprenderle, le abrirá mañana de nuevo, y la primera línea que lea, le arrancará torrentes de lágrimas, las cuales más aún que el talento, han de perpetuar su nombre. Pero este mañana está todavía lejos, y necesitamos esperarle largo tiempo.

(1) «Loquor vobis aliquando deceptus, cum primo puer ad divinas Scripturas ante vellem afferre acumen discutiendi quam pietatem quærendi, ego ipse contra me perversis moribus claudebam januam Domini mei...» (*Serm. 65 de Diversis*, cap. V.)

Estudiando la vida de Agustín á los diecinueve años, veíase claramente que no tornaría pronto á la verdadera fe; porque era necesario purificar el corazón y romper los lazos culpables, para lo cual no tenía suficiente fuerza; pero también podía preverse que Agustín ni volvería al paganismo, ni siquiera á su filosofía; porque hay abismos, á que no descienden las almas educadas por madres cristianas, y si algún error, en el extravío de su razón, podía cautivarle, sería aquel donde hallase el nombre de Jesucristo sin tropezar con su cruz, y que le ofreciese las luces del Evangelio, sin exigirle ningún sacrificio. Así sucedió en efecto.

CAPITULO VI

PRINCIPIO DE LA CRISIS MANIQUEA.—AGUSTÍN, DESPUÉS DE APROXIMARSE AL CRISTIANISMO, CAE EN EL ERROR MANIQUEO POR FALTA DE HUMILDAD Y DE PUREZA.—CONDUCTA INCOMPARABLE DE SANTA MÓNICA.—DIOS LA CONSUELA.—ES IMPOSIBLE QUE PEREZCA EL HIJO DE TANTAS LÁGRIMAS.

Años 374 al 377.

Habíase propagado por entonces cierta doctrina, que ejercía sobre los espíritus un encanto singular, y que, antigua sin duda, no se sabía con precisión cuándo naciera; constando sólo que procedía de las doctrinas persas, caldeas y egipcias fusionadas, á las que se había unido la filosofía griega, después de las conquistas de Alejandro y de las expediciones romanas hasta el Asia. ¿A quién se debió esta mezcla singular? Difícil era saberlo, y á la verdad